

Bibiana Amado - Ana María Borzone

# El mundo de Zulma

Ilustraciones de Susana Romero  
Colaboración especial de José Luis Serrano





Bibiana Amado - Ana María Borzone

# El mundo de Zulma

Ilustraciones de Susana Romera

Colaboración especial de José Luis Serrano



Amado, Bibiana

El mundo de Zulma / Bibiana Amado y Ana María Borzone; con colaboración de: José Luis Serrano; ilustrado por Myriam Susana Romero - 1a ed. - Bacca: Asoc. Civil ETIS - Equipo de Trabajo e Investigación Social - Save The Children: Fundación Arcor, 2007. 88 p.: il.: 28x20 cm.

ISBN 978-987-23040-7-2

1. Material Auxiliar para la Enseñanza. I. Borzone, Ana María II. Serrano, José Luis, colab. III. Romero, Myriam Susana, ilus. IV. Título CDD 371.33

**Editor responsable:** Equipo de Trabajo e Investigación Social

**Coeditores:** Fundación ARCOR y Save the Children

**Elaboración del libro:** Centro de Investigaciones Lingüísticas de la Facultad de Lenguas, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina - [ci@fl.unc.edu.ar](mailto:ci@fl.unc.edu.ar)  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)  
Secretaría de Ciencia y Técnica (SeCyT) de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Este libro se elaboró en el marco del proyecto "Iniciativas para mejorar la calidad de la educación de las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santiago del Estero" (ETIS - Save the Children - Agencia Española de Cooperación Internacional), declarado de Interés Educativo Nacional por Resolución Ministerial N° 758/06

**Financiamiento de la edición:**

Save the Children - Agencia Española de Cooperación Internacional - Fundación Arcor

Este libro forma parte de una propuesta de alfabetización intercultural

**Dirección de la propuesta:** Dra. Ana María Borzone

**Equipo de trabajo en Córdoba:** Bibiana Amado, Beatriz Medrano de Alessio, Verónica Sánchez Abchi, Alejandra Menti, Fernanda Freytes y Eugenia Buteler

**Coordinación logística en terreno:** Carlos Szulkin

**Asesoramiento pedagógico:** Celia Rosemberg y Beatriz Diuk

**Asesoramiento en ilustración:** Griselda Osorio

**Diseño:** Agustín Massanet

**Producción editorial:** Tres Almenas. [www.tresalmenas.com.ar](http://www.tresalmenas.com.ar)

1ª edición, 2007

© ETIS - Save the Children - Fundación Arcor

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Tirada: 4.000 ejemplares

ISBN: 978-987-23040-7-2



## Dedicamos este libro...

a los niños de Copacabana, de Tulumba y de Colonia Caroya y a todos los niños de nuestro país, que recorrerán, junto a Zulma, un mundo que se comunica con otros mundos y que nos ayudará a conocer y a conocernos.

a Paloma, que fue la primera visitante del mundo de Zulma.





## Agradecimientos

Las autoras agradecemos la colaboración de:

- Los niños, las madres, los padres y los vecinos de Copacabana, de Tulumba y de Colonia Caroya
- Las maestras y las directoras de la Escuela Juan Martín de Pueyrredón, de Copacabana: de la Escuela Padre Olegario Correa, de Villa Tulumba, del Centro Educativo General San Martín y la Escuela Manuel Belgrano, de Colonia Caroya
- La inspectora de la Región Sexta, Mirta Urbano, y las inspectoras de las distintas zonas de esa región educativa
- La inspectora de la Zona 5220 de la Región Educativa Quinta, Sara Moyano
- Teresa Lungo
- Susana Rodríguez, Graciela Tapia, Blanca Ross y María Inés Weht
- Nory Castillo y Gabriela Bergese
- Alejandra Menti, Verónica Sánchez y Eugenia Buteler
- Celia Rosemberg y Beatriz Dluik
- Griselda Osorio
- Juan Manuel Spicogna
- Mario Bazán, de Mina Clavero, que nos ayudó con su vasto conocimiento sobre los pájaros de Traslasierra.

## En especial, agradecemos a:

- José Luis Serrano, por participar de manera generosa y comprometida, de la mano de Doña Jovita
- Carlos Szulkin, por colaborar en cada momento de la construcción de *El mundo de Zulma*
- Rosa Quinteros, Juancito y Juan Chichi Carrizo, por su apoyo constante y generoso a nuestro trabajo
- Beatriz Medrano de Alessio, Fernanda Freytes y Guillermina Romanutti, por la lectura cuidadosa de este libro
- La directora del Centro de Investigaciones Lingüísticas, Dra. Magdalena Viramonte de Ávalos, por el acompañamiento permanente a nuestra propuesta
- La Facultad de Lenguas, por el apoyo institucional brindado a nuestro proyecto
- Las organizaciones que han apoyado este libro y han compartido los distintos momentos de nuestra propuesta para escuelas rurales





## Queridos chicos:

En las páginas siguientes, conocerán a Zulma, su familia y sus compañeros. Con ella recorrerán distintos rincones de su mundo: podrán acompañarla a buscar leña, a juntar tomillo o a jugar con las cabras a escondidas de la abuela. También podrán viajar con Zulma, reír con los relatos de la madrina Jovita y disfrutar de la nieve.

Zulma los invita a leer historias tan simples y pequeñas que caben en este libro. De su mano, podrán aprender curiosidades de algunos animales y conocer leyendas, poesías, relatos de piratas o de alguna princesa caprichosa.

Es nuestro deseo que el recorrido por estas páginas les resulte placentero. En compañía de Zulma, descubriremos las palabras y las imágenes de su mundo, que también es nuestro mundo.

Los saludamos con mucho afecto,

Las autoras y los que hacemos ETIS, Save the Children y la Fundación Arcor





# Índice

Zulma.....	11
En la casa de la abuela.....	12
Dicho y hecho.....	15
En familia.....	20
Fotos de la ciudad.....	22
Una de piratas.....	25
Tejidos de hoy y de ayer.....	28
Cholito y la vicuña de Coquena.....	31
La leyenda de Coquena.....	37
El álbum de las vicuñas.....	40
Los primos del desierto.....	42
Una visita anunciada.....	43
¡Carta de la madrina!.....	46
Más allá de las sierras.....	47
Trinos de otras sierras.....	50
Criatura per judicante.....	52
En blanco y negro.....	54
Niña bonita y el conejo que quería ser negro.....	59
Juegos de un cazador.....	63
Engaños para cazar y para defenderse.....	67
Colores para la vida.....	68
Pedro Urdemales y la paloma de oro.....	70
El príncipe sapo y la hija del rey.....	73
Luces y sombras para una despedida.....	80



# Zulma

En una casa perfumada de geranios vive Zulma con su papá, su mamá y sus dos hermanos. Detrás de la casa están los cerros y un bosquecito de palmas. Y, a unos pocos metros, vive su amigo Santiago.

Zulma tiene el cabello castaño y lacio. Su carita es redonda y tiene unos ojos negros con pestañas largas. Ella y Teresa, su hermana mayor, ayudan a su mamá en las tareas de la casa.

Zulma cuida a su hermanito Jorge. Pero ella prefiere divertirse con Teresa.

Mamá: ¡Zulma, cuidá al Jorgito! ¡Que no coma tierra!

**Zulma:** ¡Otra vez lo tengo que cuidar yo!



## En la casa de la abuela

Muy cerca de la casa de Zulma vive su abuela Mirta. Zulma se entretiene en la casa de la abuela jugando con los patos, los conejos y los perros. En el patio hay un algarrobo viejo en el que Zulma se trepa y juega a que está en una torre. Desde sus ramas puede mirar muy lejos.

Un día, los padres viajaron a Deán Funes con Jorgito. Zulma y Teresa se quedaron en la casa de la abuela Mirta. Las chicas estaban muy contentas porque la ayudarían a cuidar las cabras. Pero, cuando no estuviera la abuela, podrían hacer otras cosas.



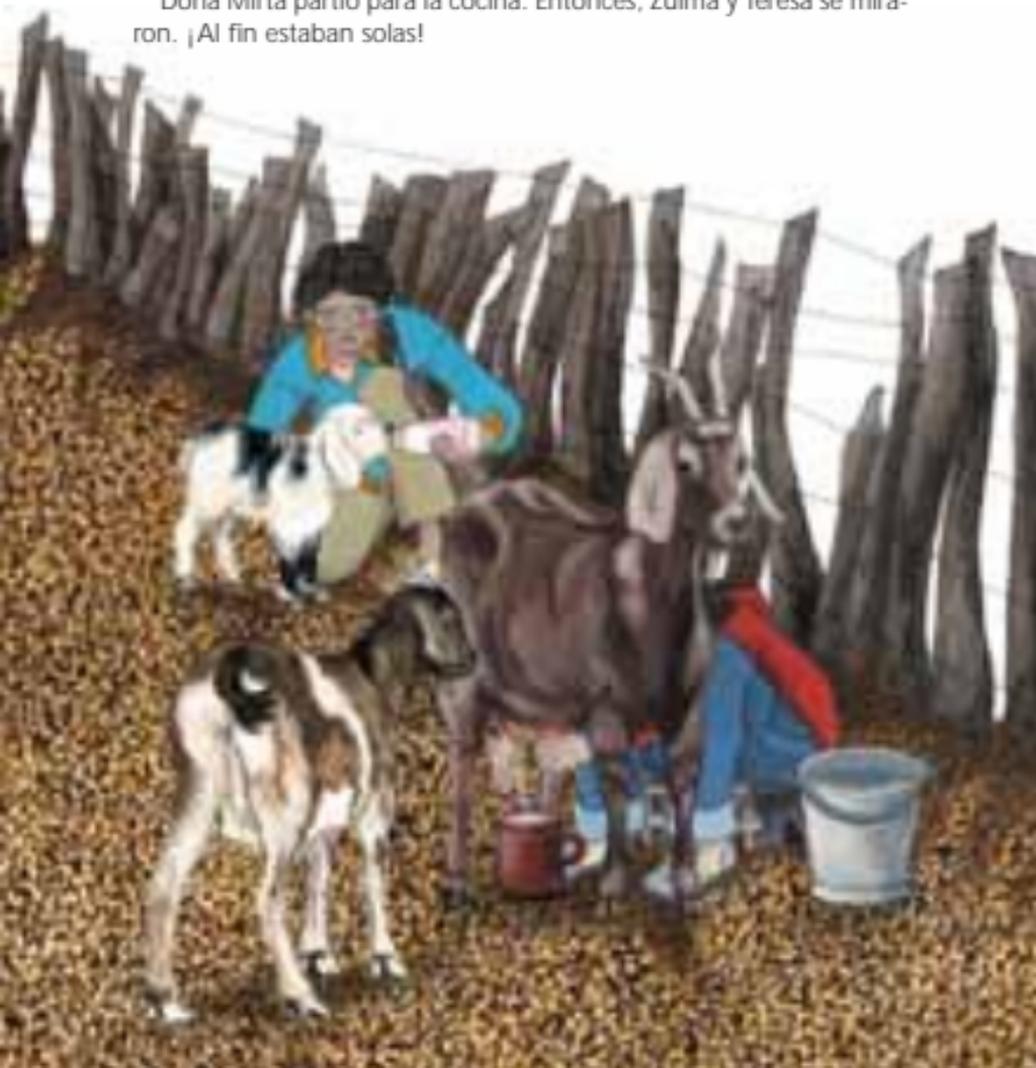
Zulma le dio leche a un cabrito que no tenía mamá mientras Teresa ordeñaba.

Luego de ayudar a los cabritos para que mamaran, la abuela les dijo a las chicas:

—Antes de que las cabras salgan al monte, vean que todos los cabritos queden en el chiquero.

—Claro, abuela —respondieron las nietas.

Doña Mirta partió para la cocina. Entonces, Zulma y Teresa se miraron. ¡Al fin estaban solas!



¡Traé a la Blanquita!



¡Vení más adelante!  
¡Yo voy en las ancas!



¡No le des  
con la varillita!



¡Ay! ¡Me duele  
la cola!



Cuando la abuela se enteró de lo sucedido, retó a sus nietas con cara de enojada. Pero, como a Zulma le dolía la cola, le puso un poquito de grasa de iguana para que se sintiera mejor. Por la noche, les leyó el cuento de unas cabras que vivían en un país lejano.

## Dicho y hecho

**H**abía una vez una niña llamada Titat, que vivía con sus abuelos en un pueblo de España. Allí, su abuelo era juez de paz y se ocupaba de ayudar a las personas que tenían problemas.

Sin embargo, había una cosa que no podía resolver. Quien tenía un gran problema era el propio abuelo. ¿Saben qué lo preocupaba? Todos los días las cabras de su vecino atravesaban el huerto y comían todas las verduras que querían.







El dueño de las cabras, que era muy picaro, veía que sus animales comían las verduras de su vecino pero dejaba que las cabras se alimentaran a gusto. Así, ellas comían las plantas de lechuga, de acelga, de repollo. Todo lo que encontraban en el huerto.

El abuelo de Titat fue muchas veces a ver a su vecino, le contó lo que hacían las cabras y le pidió que no las dejara entrar al huerto.

Cada vez que se encontraban, el vecino escuchaba todo lo que decía el abuelo y fingía que lo sentía mucho. Aseguraba que no volvería a pasar, pero en cuanto el abuelo se iba, el vecino no paraba de reír.

Titat y los abuelos estaban muy tristes. Con todo ese alboroto no podían dormir pensando en las cabras que comían todo, todo, todo. Entonces, a Titat se le ocurrió una idea.

—¡Vamos a ordeñar las cabras! —les dijo a sus abuelos.

¡Dicho y hecho! Mucho más animados, Titat y sus abuelos se repartieron el trabajo para poder ordeñarlas.

Así, cuando las cabras entraron al huerto, a la misma hora de todos los días, el abuelo cerró la puerta grande. Las cabras buscaron la otra salida, pero Titat había cerrado la puerta chica.

Luego, el abuelo juntó las cabras y las ordeñó con mucha maña. Al principio, ellas estaban intranquilas pero, como el abuelo no les hacía ningún daño, se fueron calmando.





El dueño del rebaño estaba un poco nervioso porque las cabras tardaban en volver. Cuando las vio salir ligeras y sin una gota de leche, ¡por poco se cae de espaldas!

A partir de ese día, ni una sola cabra volvió a pasar por el huerto, ni a comer una simple hoja de lechuga.

¿Saben qué pasó con la leche ordeñada? Titat y sus abuelos disfrutaron de lo lindo haciendo quesos muy sabrosos.

Y, pese a todo, el abuelo mandó a Titat con un cestito repleto de quesos a la casa de su vecino, el dueño de las cabras. Él, que estaba un poco molesto, quedó muy contento con aquellos quesos.

## En familia

**h**acia unos días, habían empezado las clases. Zulma se sentaba cerca de su amiga Belén y de Santiago. Esa mañana, Zulma se sentía todavía un poco dolorida por el golpe. Además, estaba algo triste porque su papá iría a trabajar a la ciudad por unas semanas.

Entonces tuvo una idea: dibujar a toda la familia antes de que el papá partiera.

**Maestra:** ¡Qué hermoso dibujo! ¿Ése es tu hermano?

**Zulma:** Es el Jorgito. Ese redondelito de la mano es un bicho bolita.

**Maestra:** ¿Y ese cabrito?

**Zulma:** Yo lo estoy criando. No tiene mamá.

**Maestra:** ¡Qué simpático! ¿Cómo se llama?

**Zulma:** Chiquito le digo. Es blanco y tiene manchas negras en el lomo y en las patas de adelante. ¡Ah, y el rabito es negro!



Cuando Juan escuchó la descripción del cabrito, levantó su mano.

**Juan:** Señorita, yo tenía una cabra parecida a ese cabrito. Una vez la agarré para una prueba.

**Maestra:** A ver, Juan, contanos qué hiciste.

Juan se acomodó en su silla y habló sobre su experimento: "Una vez hice una prueba con mi cabra overa y un pollito. Como los cabritos pueden mamar apenas nacen, pensé que los pollitos también podían. Entonces, agarré el hijito de una gallina guaira y lo puse cerca de la ubre de la cabra. El pollito no chupaba, así que le saqué un chorrito de leche, pero el pollito no abría el pico. ¡Pobrecito! ¡Terminó con toda la cara mojada!".



## Fotos de la ciudad

¡Qué alboroto había en la escuela! Ese día vino a visitar a los chicos un grupo de biólogos de la universidad. Con ellos viajaba Eric, un joven muy alto, de cabellos rubios y ojos claros. Eric había llegado desde Alemania hacía unos meses.

—¡Qué raro habla! —le susurró Zulma a Belén.

—¡Le dice "buro" al burro! —observó Belén.

En el recreo los chicos invitaron a Eric y a sus compañeros a jugar al fútbol. Más tarde, Eric les mostró fotografías de su llegada a la Argentina.





—¡Miren qué grande el barco en el que viajé! Llegué temprano al puerto de Buenos Aires —contó Eric.

—¿Por qué hay tantos barcos? —preguntó Juan.

—Porque llegan al puerto desde distintos lugares del mundo. Hay barcos con banderas de todos los países.

—¡Esos parecen cerros con ventanas! —dijo Santiago señalando otra foto.

Sonriendo, Eric les contó que se había sorprendido al ver una ciudad tan grande.

—Desde el río se veían edificios altísimos. ¡Parecía un gigante dormido! —exclamó Eric mirando a los chicos con sus ojos muy abiertos.

Luego, Juan y Santiago quisieron saber cómo era Alemania. También le pidieron que hablara en su idioma. ¡Cómo reían todos al escucharlo!

Antes de que partieran, los chicos invitaron a los visitantes a pasear en sus burros y caballos. Santiago ofreció su poni y Juan le prestó su burro a Eric.

El burro empezó a moverse lentamente en el patio de la escuela.

—¡Vamos, "buro"! —gritaban los chicos riendo.



¡Era la primera vez que subía a un burro! ¡Eric estaba feliz!

El que no estaba muy contento era el burro. Un poco trotaba y otro poco paraba para descansar. Y, moviendo las orejas, miraba de reojo al jinete porque le resultaba bastante extraño.

En un momento el burrito empezó a trotar más rápido. Eric se aferró de las riendas pero su cuerpo comenzó a moverse hacia las ancas del burro y, luego, hacia un costado.

—¡No se ladee! ¡No se ladee! —le gritaban los chicos.

En un segundo, Eric terminó sentado en el suelo. Juan y Santiago corrieron a ayudarlo.

—¡Es bravo el "burito"! —dijo Eric sacando los abrojos que le habían quedado en el pantalón.

—Por suerte no duele nada —agregó riendo.

Los chicos también rieron al ver que el visitante alemán podía caminar sin problemas. A unos pocos metros de ellos, el burro había quedado parado junto a un palenque. Y, cada tanto, los miraba haciéndose el distraído y esperando que al jinete rubio no se le ocurriera volver a montar.

## Una de piratas

En su casa, Zulma y Teresa hablaron de la visita de Eric. Estaban sorprendidas porque el viajero alemán había llegado en barco.

—¿No habrá tenido miedo de que lo atacaran los piratas? —preguntó Zulma.

—¿Piratas? —repitió Teresa—. Los piratas asaltaban otros barcos, me parece.

Las dos hermanas habían leído dos cuentos de piratas en las vacaciones, pero no recordaban si los barcos atacados eran parecidos al de Eric.

A la tardecita, Zulma jugó un buen rato en el algarrobo de la abuela. Luego, como estaba cansada, se sentó bajo su sombra, cerró los ojos y el recuerdo de los piratas le dibujó un sueño.

Zulma estaba parada en la rama más alta del algarrobo. De pronto las otras ramas se unieron y formaron la proa de una nave pirata.





El barco navegaba por un mar tranquilo. De repente, algo extraño sacudió a la nave. Parada en el mástil, Zulma observó con horror cómo se deslizaba por el barco el tentáculo de un pulpo gigantesco.

—¡Monstruo a la vista! —gritó Zulma con todas sus fuerzas, advirtiendo a la tripulación.

Con otro tentáculo, el pulpo arrancó la bandera. Los piratas desenvainaron sus espadas y lo enfrentaron con decisión. Pero cada ataque enfurecía más al monstruo marino, que parecía envolver la nave con sus poderosos brazos.

En un segundo, Zulma logró aferrarse a una soga y se lanzó volando. Con una mano se tomaba de la soga y con la otra llevaba su espada. Con ella hirió en un ojo a la temible bestia. Rápidamente, el monstruo retiró sus tentáculos y se sumergió en las profundidades del mar.

Los otros piratas aplaudían y gritaban el nombre de la valiente niña.

—¡Zulma! ¡Zulma! —exclamaban a coro.



Zulma abrió apenas los ojos.

—¡Zulma! ¡Zulma! ¡Despertate! —le decía Teresa—. ¡La mami te llama para que cuides al Jorgito!

Zulma se puso de pie y caminó medio dormida hasta la casa. Ella quería seguir navegando hacia una isla, tras la promesa de tesoros perdidos y de aventuras con otros barcos piratas. Pero, una vez más, Jorgito la necesitaba.

—¡Soy el pirata Barbablanca! —le dijo Zulma a su hermano con una voz de trueno y frunciendo el ceño.

Jorgito la miró asustado. No sabía si debía reír o echarse a llover. Por las dudas, le hizo una sonrisa y le preguntó:

—¿Pidata come tiena?

—¡No! Los piratas no comen tierra —respondió Zulma sonriendo, mientras le limpiaba las manitas, que ya habían estado jugando con barro.

## Tejidos de hoy y de ayer

Esa mañana, Zulma había estado juntando leña para que su madre horneara el pan. Sentía las manos ásperas. Bombeó dos veces hasta que cayó un chorrito de agua sobre la palangana. El jabón y el agua fresca le acariciaron las manos.





En pocos días llegaría el canastero para buscar los cestos que hacía la familia. Los padres de Zulma no dejaban de tejer las hojas de palma.

Zulma también quiso ayudar y tomó un costurero que había empezado a tejer su mamá. Pero estaba tan apurada por terminar que se confundió al hacer algunos nudos.

—¡Me salió fiero! —se quejó y, muy enojada, escondió el costurero.

Minutos después, Zulma se encontraba bajo el viejo algarrobo, en la casa de la abuela, con una revista en sus manos. Apenas la abrió, vio imágenes de aborígenes.

Le llamó la atención el dibujo de dos mujeres y unas niñas tejiendo en telares. "La vida en el imperio incaico", rezaba el título. Zulma se dispuso a leer los textos de los recuadros.



Hace muchos años, antes de que los abuelos de nuestros abuelos hubieran nacido, América estaba habitada por distintos pueblos aborígenes. Uno de los más conocidos era el pueblo inca, que vivía en los Andes.

En las familias, cada uno tenía su responsabilidad. Los varones ayudaban a sus padres con el cuidado de los animales y con el cultivo de la tierra. Las niñas aprendían desde muy chicas los trabajos de la casa. En especial, las madres les enseñaban a cocinar y a tejer.



Las mujeres tejían con lana. Primero hilaban el pelo de las llamas y de las vicuñas y preparaban las hebras. Luego tejían en telares.

La ropa de los incas, en su mayoría, era de lana. Los campesinos usaban lana de llama o de alpaca. Solamente el Inca, el gobernante de la comunidad, podía usar una ropa de tela más fina, hecha con pelo de vicuña.

## Cholito y la vicuña de Coquena

**A**l día siguiente, en la escuela, Zulma le comentó a su maestra lo que había leído sobre los incas. Como estaban por celebrar el Día del Aborigen, la señorita pidió a Zulma que repitiera a sus compañeros lo que había leído. Luego, tomó un libro con leyendas y mostró sus imágenes.

A los chicos les llamó la atención el dibujo de un extraño personaje.

—¡Parece un enano! —se sorprendió Belén.

—¡Es Coquena! —aclaró Santiago—. Es el dios que cuida a los animalitos de la montaña.

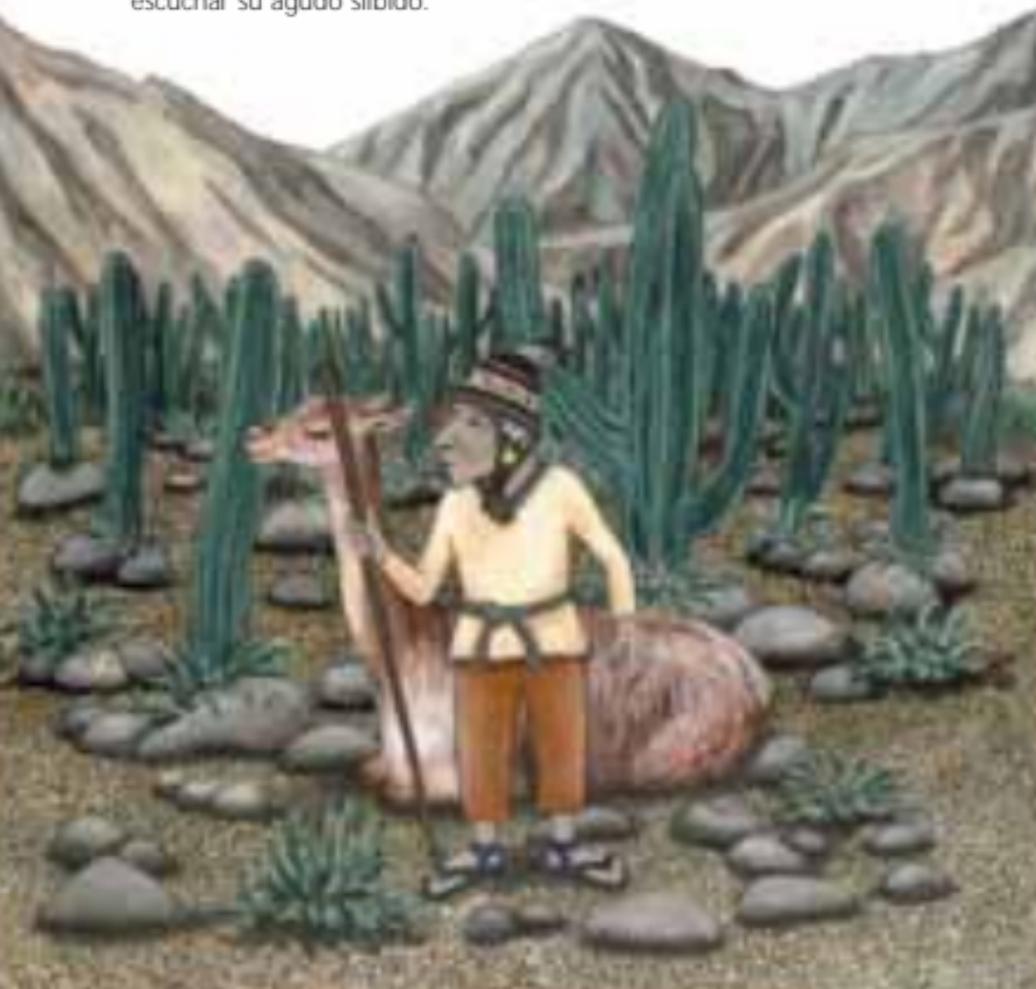
—Es cierto lo que dice Santiago —afirmó la maestra. Y agregó algunos datos sobre Coquena antes de leer la historia.



Tanto en Jujuy como en Salta, La Rioja o Tucumán todos conocen la leyenda de Coquena.

Coquena es un dios indígena, muy chiquito, que, como dijo Santiago, protege a las llamas, las vicuñas, los guanacos y otros animalitos de la montaña. Viste un pantalón y un saco de lana de vicuña, ojotas diminutas de duende y un sombrero que le queda enorme.

Cuentan que lo podemos ver por los cerros, apoyado en un largo bastón, mientras conduce sus rebaños de llamas, guanacos y vicuñas cargados de oro y de plata. También cuentan que, aunque no resulte posible verlo, porque a veces Coquena se hace invisible, se puede escuchar su agudo silbido.



Todos saben, además, que Coquena acaricia y ayuda con su mano de lana a los indios y pastores que cuidan de los animales. Pero, también, tiene poca paciencia con quienes los cazan y los lastiman. A ellos los castiga con su mano de plomo.

Como todos los chicos esperaban escuchar la historia, la maestra comenzó a leer en voz alta.

Hace unos años vivía en el Altiplano un pastorcito colla llamado Cholito. Cholito conocía, como todos los de su pueblo, los poderes mágicos de Coquena. Su abuelo siempre le contaba alguna historia del diminuto dios. Y, aunque sabía que Coquena castigaba a los pastores, no le tenía miedo a ese dios porque Cholito quería y cuidaba a cada una de sus cabras.

Todas las mañanas llevaba las cabras al valle que estaba más allá del gran cerro. Allí había pastos tiernos y verdes y un arroyito de agüita fresca que bajaba cantando. En ese lugar se quedaba muchas horas, tocando su quena, mientras sus animales pastaban.



Una tarde, cuando ya era hora de regresar, Cholito contó sus cabras. Cuando terminó, advirtió que le faltaba una, la Blanquita. Cholito se desesperó. La Blanquita era una hembra preñada. Le faltaban muy poquitos días para dar a luz. Comenzó a buscarla, la llamaba a gritos, le silbaba, corría de un lugar a otro, pero la cabra no aparecía.

No tardó en llegar la noche con su manto de sombras negras. En ese paisaje oscuro los picos de las montañas parecían dientes afilados y enormes. Pero el niño, preocupado por la cabrita perdida, no se asustó. Juntó el rebaño, lo llevó a un refugio entre las rocas y siguió buscando a la cabra perdida. Trepó y trepó por la ladera hasta que en las manos le aparecieron dolorosas llagas.





Al llegar a la cima del cerro, distinguió algo que se movía. Pensó que era su cabra y se acercó despacio. Cuando estuvo allí, vio una vicuña echada sobre las piedras. Parecía herida porque se lamía insistentemente una pata.

Se acercó y decidió curarla. Lavó con cuidado la herida, arrancó un retazo de su camisa y vendó la pata de la vicuña.

Luego, el pastorcito acarició a la vicuña, como hacía con sus cabras, y comenzó a cantar una antigua canción que le había enseñado su abuelo. Como ya era noche cerrada, Cholito se fue quedando dormido al amparo del calor que le daba el animal.

Cuando despertó, el sol brillaba. A su lado se encontraba la vicuña, de pie. Para su sorpresa, el animal comenzó a caminar sin renquear ni siquiera un poquito. En pocos minutos trepó el cerro y desapareció.



En ese momento Cholito se acordó de sus cabras y corrió a buscarlas. Estaban donde las había dejado. Cuando las contó, descubrió a Blanquita, que estaba echada con sus dos hijos, que acababan de nacer.

Junto al rebaño, también estaba Coquena, sonriendo.

—Sos muy bueno, Cholito, ¡muy bueno! —dijo el dios.

El pastorcito intentó acercarse, pero Coquena desapareció en el aire, con un silbido.

Cholito todavía estaba sorprendido cuando volvió junto al rebaño. Entonces encontró una gran bolsa con monedas de oro y de plata. Coquena lo había premiado. Le había mostrado su mano de lana a Cholito porque había curado a la vicuña.

Ahora Cholito tenía una historia más para su abuelo.



# La leyenda de Coquena

Cuando regresaba a su hogar, Cholito escuchaba el silbido del viento entre los cardones. Y, mientras caminaba, cantaba una canción que le había enseñado su abuelo.

Cazando vicuñas anduve en los cerros.  
Heridas de bala se escaparon dos.  
—No caces vicuñas con arma de fuego,  
Coquena se enoja —me dijo un pastor.  
/.../

Coquena es enano; de vicuña lleva  
sombbrero, escarpines, casaca y calzón;  
gasta diminutas ojotas de duende,  
y diz\* que es de cholo la cara del dios.  
De todo ganado que paca en los cerros,  
Coquena es oculto, celoso pastor;  
si ves a lo lejos moverse las tropas,  
es porque invisible las arrea el dios.  
Y es él quien se roba de noche las llamas  
cuando con exceso las carga el patrón.

Juan Carlos Dávalos

---

\*diz: dicen.







—¿Las vicuñas son iguales que las llamas? —preguntó Juan.

—Son de la misma familia —respondió la señorita—. ¿Recuerdan que el año pasado leímos un texto sobre esta familia?

Enseguida, Belén buscó una revista en la biblioteca del aula. Allí encontró el texto que habían leído.



## El álbum de las vicuñas

Si la vicuña tuviera que armar un álbum con fotos de su familia, en él pondría imágenes de parientes de otras tierras, como el camello, que vive en Asia. También pegaría fotos de otros camélidos que viven en América: la llama, la alpaca y el guanaco.

Estas tres especies y la vicuña viven en las montañas andinas. De ellas, suele usarse la lana para realizar tejidos.



En el pasado, los indígenas también aprovechaban el pelo de estos animales. Los esquilaban con mucho cuidado. Para ello, los juntaban y les cortaban la lana sin herirlos ni matarlos.

Sin embargo, los españoles que conquistaron estas tierras no imitaron esa costumbre. Ellos comenzaron a matar alpacas, llamas, guanacos y vicuñas. Por eso, estos camélidos estuvieron a punto de desaparecer.



# Los primos del desierto

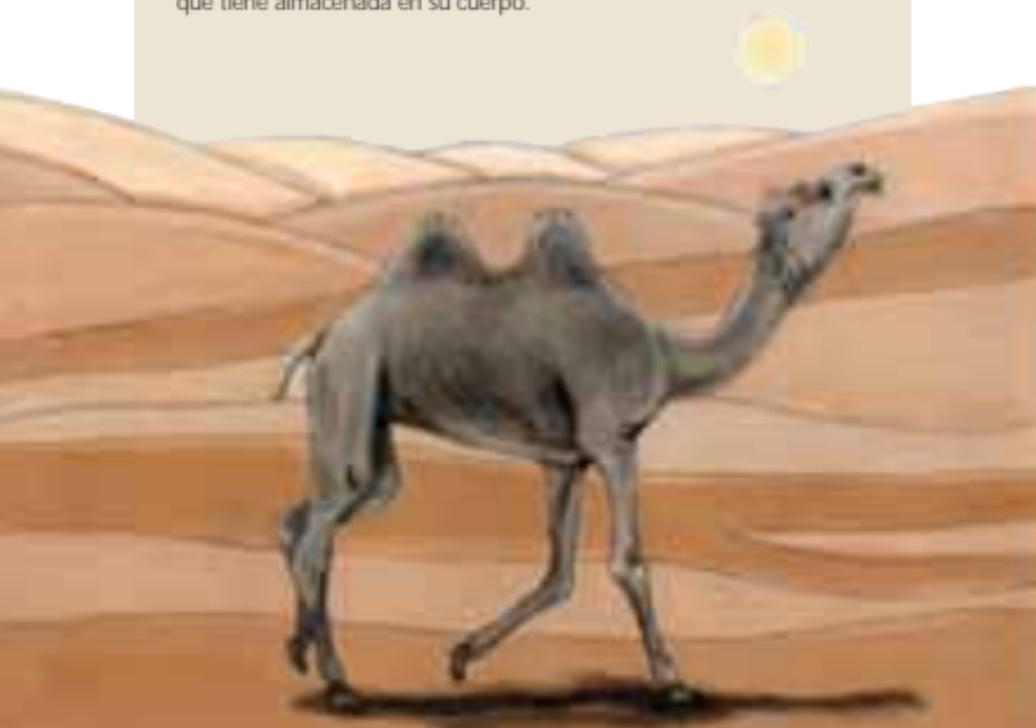
Si miramos con atención el álbum de los camélidos nos damos cuenta de que la fotografía de la vicuña o de la llama fue tomada en la montaña mientras que la de los camellos, en medio del desierto.

¿Cómo hace el camello para vivir en un lugar tan seco?

El cuerpo del camello está preparado para resistir el clima del desierto. Lo que caracteriza al camello son sus jorobas. Precisamente allí está el secreto de su resistencia a la falta de agua y de alimento. En sus jorobas, el camello almacena grasa y agua.

Cuando este animal está en el desierto y no tiene alimento, consume la grasa que tiene de reserva.

Además, el camello puede resistir más de una semana sin tomar agua porque transpira muy poco. Por eso, consume lentamente el agua que tiene almacenada en su cuerpo.



## Una visita anunciada

En unos días comenzarían las vacaciones de invierno. Esa mañana, Zulma tomaba mate cocido mientras Teresa preparaba la leche a su hermanito.

En un momento se cayó una cuchara al piso.

—Parece que hoy nos va a visitar una mujer —dijo la abuela mirando el camino por el recuadro de la ventana.

Zulma estaba segura de que vendría una mujer. Cada vez que la abuela hablaba en ese tono, las cosas ocurrían tal como lo anunciaba.

Media hora más tarde, se oyó el motor de un vehículo.

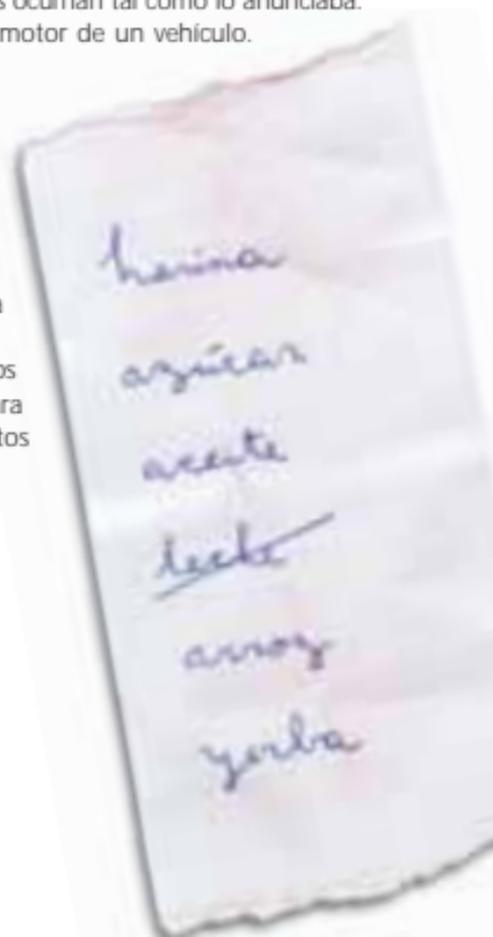
Parecía la estanciera del canastero.

—¡Mamá! ¡Viene Don Pérez!

—avisó Zulma antes de ver la estanciera.

La madre, que estaba lavando la ropa en un fuentón, se secó las manos y se quitó el delantal. Saludó a Don Pérez y sacó de un bolsillo la lista de alimentos que necesitaba.

El canastero le pagó con dinero los cestos para la ropa. Los cestos para el mate los cambió por los alimentos que la mamá le pedía.



—¿Cuánto me hace por estos canastos? —preguntó la mamá.

—Un kilo de azúcar por cada uno —respondió Don Pérez.

—¿No le parece poco?

—Ha aumentado muy mucho el azúcar —dijo el canastero.

La mamá no respondió y recibió los paquetes en silencio. Necesitaba el azúcar y no podía ir hasta la ciudad para hacer las compras.

Poco después la estanciera del canastero se marchó haciendo mucho ruido y levantando el polvo del camino.



—No era una mujer la que venía —pensó Zulma mientras caminaba hacia el patio de la abuela.

Estaba trepada en el algarrobo cuando volvió a oír un motor. Ese ruido no era conocido.

De pronto vio que, en la curva del camino, aparecía un auto azul que se detuvo frente a su casa.

Del auto bajó una mujer muy parecida a la mamá de Zulma.

—¡Vino un remis! —gritó Teresa y agregó—: ¡Es la tía Pochola!

Todos salieron a recibirla. Por un momento sólo se escucharon voces de alegría, saludos y las carcajadas de la tía Pochola.

Después de tomar unos matecitos con tomillo, la tía dijo que en unos días partía hacia Traslasierra para visitar a la comadre Jovita. La comadre había mandado a Zulma una carta para invitarla a su casa.

—¡Carta de tu madrina!

—dijo la tía Pochola entregándole a Zulma un sobre medio arrugado.

—¿La comadre Jovita escribe?

—preguntó la abuela Mirta.

—¡Claro! Aprendió hace poco.

En la escuela nocturna.

Mientras Zulma leía la carta, la tía abrió una caja que había traído y comenzó a sacar plantas: una enredadera chiquita, unas madrese-lvas, dos malvones y una planta de ruda macho para la buena suerte.



# ¡Carta de la madrina!

Jill London, 11 de junio de 1998

Querida Tere:

¿Cómo te está? ¿Ya estás volviendo a la escuela? Cuando te escribo que me ha escrito "¡Dios me ayude!" me ha dado ganas que me importara más este cumpleaños.

De mi parte, me siguen pagando dinero que lo que está "en las manos" me interesa. Me voy a conformar de eso a dar cuenta de lo que te digo.

Como siempre las reuniones te interesan, te quiero mucho pero que siempre te preocupes con esto a mi madre.

Le pedí un regalo, me vas a dar una cosa con la "Regala". La otra cosa regala que me a parte en foto. La madre me millona y yo le voy muy cerca a la "Regala". La me la pedí que me a tres millas. Y, como es por eso, me a hablar que esperaba en el punto.

Tu hijo también tiene la posibilidad de la "Regala" fuera al "Cuerpo". A todo esto bien, porque es a las funciones religiosas que se hacen en el pueblo. El que me que viene es muy interesante y oportuno.

Dame, hijo, espero que esté muy bien y que Dios me lo bendiga.

La abo de mamá,

la madrina Julia

## Más allá de las sierras

El ómnibus trepaba lento por las sierras. Zulma viajaba junto con la tía Pochola a la casa de la madrina.

"Pórtese bien", le había dicho su madre mientras le lavaba el cabello. "Guarde juicio con su tía", agregó cuando lo enjuagaba con manzanilla para que quedara brillante.

Zulma llevaba el cabello bien recogido, con una trenza muy prolija, sujeta con una gomita que tenía una flor roja.

En el camino a Traslasierra, Zulma se sorprendía con los paisajes



que descubría en cada curva. ¡Qué cerca estaban las nubes! De pronto estaban cubriendo los cerros. De pronto, bajo el camino.

—“Quebrada del Condorito” —leyó Zulma en un cartel—. ¿Qué es?

—Es una reserva. Ahí viven muchos cóndores y están protegidos —respondió la tía.

Media hora después aparecieron más carteles. Una lluvia de carteles junto a la ruta: “Cabañas Rincón de luna”, “Todo artesanal”, “Dulces, miel, aceitunas, arropo, nueces”, “Cabalgatas guiadas”, “ALERTA zona de riesgo de incendios forestales”, “Restaurante El Chivo Loco, parrillada, chivito, ensaladas”.

—¿Qué es una cabaña? ¿Qué es una cabalgata guiada? —preguntaba Zulma sin quitar los ojos de la ventanilla.

La tía sonreía. Zulma no le dejaba tiempo para responder sus preguntas.





—“Productores de aceite de oliva” —leyó Zulma más tranquila.  
—¿Cómo es ese aceite?

—Es el que sacan de las aceitunas. Cuando era chica como vos, yo iba a las aceitunas con mis hermanas. Juntábamos todo el día. Nos quedaban los dedos negros —recordó la tía soltando una carcajada.

Ya era la tardecita cuando el ómnibus se detuvo a un costado de la ruta. Zulma y la tía bajaron y el camino las fue subiendo hasta una casita. Era el almacén de Don Antenor. La tía saludó y preguntó al almacenero:

—¿No sabe si estará la comadre Jovita en su casa?

—Vaya tranquila. Desde temprano está esperando visitas —respondió Don Antenor muy seguro de lo que decía.

La tía compró un cuadernito y unos lápices de colores para Zulma. Así no se aburría. Luego las dos siguieron caminando hasta que vieron un rancho de adobe. Era la casa de Doña Jovita.

—¿Quién sabrá ser? —preguntó la viejita mientras los perros ladraban.

—¡La Pochola, comadre!

¡Qué alegría tuvo Doña Jovita cuando abrazó a la tía y a su ahijada!

## Trinos de otras sierras

A la mañana siguiente, Zulma acompañó a su madrina al corral. La tía Pochola quedó en la cocina preparando un guiso de cordero charqueado mientras Zulma y Jovita atendían a las cabras y a las ovejas. En una esquina del corral vieron a la Negrita. Estaba descansando. Tenía el vientre muy hinchado.

—¿Ya va a nacer? —preguntó Zulma.

—No, hija. Todavía le faltan unos días. ¡Pobrecita la Negrita! ¡Tan gauchita que es!

Recostada en el piso, la oveja las miraba con ojos mansos y cansados.

De pronto, Zulma se sobresaltó con el canto de un pájaro que no conocía.



—Es el pajarito ese que le dicen curutié blanco —dijo Doña Jovita y agregó—: Es muy ardiloso. En la primavera hace su nido para criar los pichones. Y en el invierno se fabrica una casita con entrada y salida, que le sirve de abrigo. Es como una fundita para aguantar el rigor de las heladas. La hace con ramitas secas y, adentro, le pone plumones. Cuando se hace de noche, el curutié se mete en esa fundita.



De afuera se le ve el piquito y la punta de la cola. ¡Viera qué bonito!

Mientras escuchaba con atención a su madrina, Zulma vio que el pajarito se posaba en la rama de un moradillo.

—Pasado el invierno llegan otros pajaritos cantores. Hay uno que es muy colorido: el rey del bosque —le comentó la madrina—. ¡Viera la estampa que presenta y el modito con que se mueve! Las plumas son amarillas y negras, con unas pintitas blancas. Pero la hembra es más apagadita, de un negro medio triste.

—¿Por qué son distintos? —preguntó Zulma.

—El machito tiene plumas más coloridas para buscar novia. Es como si se pusiera su mejor ropa para presumirle.

—¡Igual que el pavo real, que abre su cola de colores para enamorar a la pavita! —agregó Zulma.

—¡Claro! ¡Ya ves que de pavo no tiene nada! —dijo la madrina riendo—. Y el rey del bosque tiene mañas parecidas.

—Yo he visto pocas veces al rey del bosque allá donde vivimos —dijo Zulma.

—En estas sierras también han quedado pocos —observó la madrina—. ¡Se ha talado tanto el bosque que ya no queda lugar ni para el pobre rey!

## Criatura perjudicante

¿Y su ahijado?



¿El negro chico?  
Sigue con sus travesuras.  
La otra vuelta le hice un  
recitado para ver si  
se endereza.



Sosiegue niño inquieto, travesiando con el choco.  
Deje de ocharlo, le he dicho, y vaya a limpiarse esos mocos.  
No ha hecho más que retozar y levantar polvareda,  
chivateando en el guadal, no ha dejado dormir la siesta.  
No sea perjudicante, criaturita inavenible,  
me ha botado las alpargatas para adentro del aljibe.



No andés hurgando los nidos, ni andés cruzando los huevos.  
El tero tuvo perdices y la iguana tuvo cuervos.

Anda el burro cabeceando y a cada rato se queja  
cuando canta la chicharra que usted le metió en la oreja.

*/.../*

¡Qué le has hecho al padre cura, que parecía una antorcha,  
que le ardiste la sotana y la apagué con una colcha!

¡Ande lo ha puesto al agüelo! Le he dicho que lo atendiera.

No ve que se va a quebrar. Bájelo de la cumbre.

No sea perjudicante, criaturita inavenible,

me ha botado las alpargatas para adentro del aljibe.



## En blanco y negro

Ya había pasado una semana desde que Zulma había llegado a lo de Doña Jovita. Dos días más tarde regresaría a su casa con la tía Pochola. No podría ir a la procesión de la Virgen del Carmen ni habían nacido los hijos de la Negrita, pero había acompañado a su madrina por todos los rincones de las sierras.

La madrina horneaba unos panes en el patio cuando la tía Pochola vio algo que le llamó la atención.

—¡Qué alboroto de pájaros! ¿Qué está pasando? —dijo la tía.

—¿Qué hacen? —preguntó Doña Jovita.

—Los pájaros van sierra abajo. Parece que estuvieran escapando...

—De seguro que va a nevar mañana —susurró Jovita tratando de que Zulma no escuchara.

A la mañana siguiente, a la tía Pochola le costó despertar a Zulma.

—¡Qué suerte has tenido, Zulma! —repetía Doña Jovita.

Zulma abrió los ojos y notó una gran claridad en la habitación.

—¡Está todo blanco! —exclamó la tía Pochola.

Zulma no podía creer lo que veía por la ventana. ¡El patio estaba cubierto de nieve! ¡Las sierras estaban pintadas de blanco! ¡Parecía un sueño!

No se veía el horno de pan, ni la huerta ni la pirca. ¡Todo estaba blanco! ¡Era la primera vez que veía nevar!





Zulma se vistió rápidamente y unos minutos más tarde ella y la madrina estaban en el patio.

—¿Se puede tocar la nieve? —preguntó Zulma.

—Sí, hija. Y si te vas a meter nieve en la boca, fijate que no esté sucia.

—¡Parece helado! —exclamó Zulma—. ¡Helado que cayó del cielo! Zulma pensó que su hermanito Jorge estaría feliz comiendo un poco de tierra mezclada con nieve.

Zulma reía y reía. Formaba bolas de nieve y las tiraba al perrito cabrero, que estaba medio dormido.

—¿Te animás a que hagamos un muñeco? —le propuso la madrina.



Enseguida Zulma y Doña Jovita construyeron un muñeco de nieve. Le pusieron unos pedacitos de carbón en los ojos y una ramita, que formaba la boca. En la cabeza le colocaron el sombrero del espantapájaros. Zulma lo miraba y no dejaba de reír.

—Cuando tu mamá tenía tu edad y venía a visitarme, hacíamos gauthitos de nieve —recordó la madrina—. Le poníamos el sombrero de

mi hermano Isidro. Y ella le ataba un trapito al cuello, como si fuera un pañuelito.

—¿Siempre nieva para este tiempo? —preguntó Zulma.

—No siempre —respondió la madrina—. A veces nieva. Y el año en que no nieva...

—¿Qué pasa?

—Y... no nieva.

Doña Jovita quedó un momento en silencio y luego dijo:

—Por eso te decía que habías tenido suerte. Hacía tres años que no nevaba. Todavía me recuerdo lo que me pasó la última nevada.

Como la madrina reía y no le decía nada, Zulma le pidió que le contara lo sucedido.

—Ese año la nieve vino en un momento en que no la esperaba. Yo había dejado la leña a la intemperie. Y esa mañana me levanté tempranito para amasar el pan. Como la nieve había tapado todo, salí a desenterrar la leña y a buscar la batea para amasar. Tenía dos bateas cerca del horno. Enseguida se me humedecieron las zapatillas y sentí frío. Entonces, puse un pie en cada batea y las fui arrastrando para no pisar la nieve. Me ayudaba con dos palos, que me servían de bastón. Y así fui. Flap. Flap. Flap. Pero cuando me di cuenta, ya estaba cuesta abajo. ¡Las bateas firmes en cada pie!

—¡Estaba esquiando, madrina! —exclamó Zulma.

—¡Sí! ¡Iba esquivando! Si no, me chocaba todo. ¡Vieras qué refalosa la sierra!





—¡Claro! La nieve la hace resbalosa —agregó Zulma mientras relía al imaginar a la madrina bajando por la cuesta. Doña Jovita relía también. Pero de pronto suspiró y pareció recordar algo.

—¡La Negrita! ¡Vamos al corral! Ya estamos en fecha. ¡A ver si nacieron los corderitos! —dijo Jovita.

Cuando Zulma y la madrina llegaron al corral, se encontraron con la hermosa novedad: dos corderitos negros trataban de sostenerse junto a su mamá. Sobre el blanco de la nieve, el negro de los corderitos parecía más negro. Negro carbón.

La madrina se apresuró a tomar los corderitos, los sacó de la nieve y los ubicó bajo un techo que había en el corral. La Negrita fue con ellos en un trocito corto.

Zulma estaba feliz. Nunca antes había visto corderitos negros. Ella y su madrina los ayudaron para que empezaran a mamar. Después se alejaron un poco y contemplaron esa escena en silencio.

La Negrita dio un balido y se quedó con ellos para que no les faltara la leche y el calor.

# Niña bonita y el conejo blanco que quería ser negro

Esa noche, Zulma no podía dormir. La emoción de haber conocido la nieve la mantenía despierta. Además, no dejaba de hablar de los corderitos. Estaba tan entusiasmada con ellos que recordó la historia de un conejito blanco que quería ser negro. Antes de dormir, la madrina le pidió que contara ese relato.

Había una vez una niña bonita, bien bonita. Tenía los ojos como dos aceitunas negras, lisas y muy brillantes. Su cabello era rizado y negro, muy negro, como hecho de finas hebras de la noche. Su piel era oscura y lustrosa, más suave que la piel de la pantera cuando juega en la lluvia.

A su mamá le encantaba peinarla y a veces le hacía unas trencitas todas adornadas con cintas de colores. Y la niña bonita terminaba pareciendo una princesa de las tierras de África o un hada del reino de la luna.





Al lado de la casa de la niña bonita vivía un conejo blanco, de orejas color de rosa, ojos muy rojos y hocico tembloroso. El conejo pensaba que la niña bonita era la persona más linda que había visto en toda su vida. Y decía:

—Cuando yo me case, quiero tener una hija negrita y bonita, tan linda como ella...

Por eso, un día fue adonde la niña y le preguntó:

—Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó:

—Ah, debe ser que de chiquita me cayó encima un frasco de tinta negra.

El conejo fue a buscar un frasco de tinta negra. Se lo echó encima y se puso negro y muy contento. Pero cayó un aguacero que le lavó toda la negrura y el conejo quedó blanco otra vez.

Entonces regresó adonde la niña y le preguntó:

—Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó:

—Ah, debe ser que de chiquita tomé mucho café negro.

El conejo fue a su casa. Tomó tanto café que perdió el sueño y pasó toda la noche haciendo pipí. Pero no se puso nada negro.

Regresó entonces adonde la niña y le preguntó otra vez:

—Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?



La niña no sabía, pero inventó:

—Ah, debe ser que de chiquita comí mucha uva negra.

El conejo fue a buscar una cesta de uvas negras y comió y comió hasta quedar atiborrado de uvas, tanto, que casi no podía moverse.

Le dolía la barriga y pasó toda la noche haciendo pupú. Pero no se puso nada negro.

Cuando se mejoró, regresó adonde la niña y le preguntó una vez más:

—Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía y ya iba a ponerse a inventar algo de unos frijoles negros, cuando su madre, que era una mulata linda y risueña, dijo:

—Ningún secreto. Encantos de una abuela negra que ella tenía.

Ahí el conejo, que era bobito pero no tanto, se dio cuenta de que la madre debía estar diciendo la verdad, porque la gente se parece siempre a sus padres, a sus abuelos, a sus tíos y hasta a los parientes lejanos. Y si él quería tener una hija negrita y linda como la niña bonita, tenía que buscar una coneja negra para casarse.

No tuvo que buscar mucho. Muy pronto, encontró una coneja oscura como la noche que hallaba a ese conejo blanco muy simpático.

Se enamoraron, se casaron y tuvieron un montón de hijos, porque cuando los conejos se ponen a tener hijos, no paran más.

Tuvieron conejitos para todos los gustos: blancos, bien blancos; blancos medio grises;



blancos manchados de negro; negros manchados de blanco y hasta una conejita negra, bien negrita.

Y la niña bonita fue la madrina de la conejita negra.

Cuando la conejita salía a pasear, siempre había alguien que le preguntaba:

—Conejita negrita, ¿cuál es tu secreto para ser tan bonita?

Y ella respondía:

—Ningún secreto. Encantos de mi madre que ahora son míos.

**Ana María Machado**

La tía y la madrina disfrutaron de la historia. Al escucharla, la tía Pochola recordó una canción que ella solía entonar a sus hijos. Y, aunque estaba medio dormida, empezó a cantarla. A Zulma le pareció que la voz de la tía era una caricia tibia y, en pocos minutos, se durmió sonriendo.

**Estaba el negrito aquel,  
estaba comiendo arroz.  
El arroz estaba caliente  
y el negrito se quemó.  
La culpa la tuvo usted,  
la culpa la tuve yo  
porque no le di cuchara,  
cuchillo ni tenedor.**



## Juegos de un cazador

A su regreso, Zulma contó a su familia cómo era la nieve. También les habló de los paseos con su madrina, de los pájaros y del nacimiento de los corderitos negros.

Teresa escuchaba, sorprendida, lo que contaba su hermana. Estaba muy contenta de que hubiera regresado Zulma. La había extrañado mucho. Además, en los últimos días no se había sentido muy bien.

—Tiene cara de empachada la Teresa —le dijo la abuela a la mamá—. ¿Tenés paico para que le haga un tecito?

Como no había más que poleo, Zulma y Teresa fueron hasta una loma a buscar unos yuyitos para la digestión. También traerían algo de tomillo para la abuela.

En el camino, Zulma le contó a su hermana sobre el otro ahijado de Doña Jovita. Las dos reían con las travesuras del chico. Teresa le dijo que a ella le gustaría visitar a la madrina. ¡Qué divertido! ¡En el próximo viaje irían juntas!

En una loma encontraron tomillo. Antes de cortar, Teresa le recordó a su hermana que no sacara las plantas de raíz.

—Cuando las sacás con raíz, no vuelven a crecer —le explicó.

Zulma sabía por qué se lo decía. A veces, por juntar más rápido que su hermana, daba un tironcito y la planta venía con su raíz.



De pronto Teresa se detuvo y le hizo señas a su hermana para que se quedara quieta y en silencio. Algo se movía en unos matorrales. Las chicas se ocultaron cerca de unos arbustos y trataron de ver qué ocurría.

Entonces descubrieron a un zorro que estaba dando saltos.

"Está jugando", pensó Zulma.

El animal empezó a dar volteretas. Luego, se revolcaba, saltaba y parecía que mordía su cola.

"Está jugando", pensó Teresa.





En un momento, las chicas se dieron cuenta de que había otro observador: una pequeña liebre miraba asombrada al zorro, que continuaba dando volteretas y mordiendo su cola.

De repente el zorro se detuvo y saltó sobre la liebre. El movimiento fue tan sorprendente que la liebre no pudo escapar y fue atrapada por el zorro, que se marchó satisfecho, con su presa en la boca.

Zulma y Teresa no salían de su asombro. ¡Las piruetas del zorro habían sido un engaño!

Las chicas salieron de su escondite y cortaron las hierbas que habían ido a buscar.



En la escuela, Zulma relató lo que había visto cuando fue con su hermana a buscar las hierbas. La maestra comentó que el zorro es un animal muy astuto.

**Juan:** La comadreja también.

**Iván:** Una vuelta yo vi una comadreja que se hacia la muerta para que no la matara mi tío.

**Maestra:** ¿Qué pasó?

Iván relató lo que había visto: "Mi tío oyó unos ruidos y salió al patio. Vio una comadreja que iba para el gallinero. Ahí nomás el tío agarró un palo. Fue el perro y la toreó a la comadreja. Pero ella se tiró y se quedó dura en el piso. El tío pensó que el perro la había mordido y lo llamó. Entonces la bicha se levantó y ya se iba pero el tío la pudo agarrar".



## Engaños para cazar y para defenderse

En la naturaleza hay animales que emplean distintos recursos para cazar. ¿Te acordás de las aves de rapiña? Estos pájaros usan su poderosa vista y sus fuertes garras para atrapar a sus presas. Otros animales, como el zorro, se valen de engaños para cazar. Si el zorro ve un conejo, da volteretas, se revuelca, salta y trata de morderse la cola. Esto sorprende al conejo, que se detiene a mirar. Entonces, el zorro aprovecha el descuido y tiene alimento asegurado.

Sin embargo, los animales que pueden ser atrapados también suelen engañar para protegerse. Por ejemplo, cuando una comadreja está por ser atacada, emite un olor desagradable. Si el cazador no se va, la comadreja cae dura al piso. Como parece muerta, el otro animal se marcha. Entonces, la comadreja vuelve muy tranquila a su madriguera.



## Colores para la vida

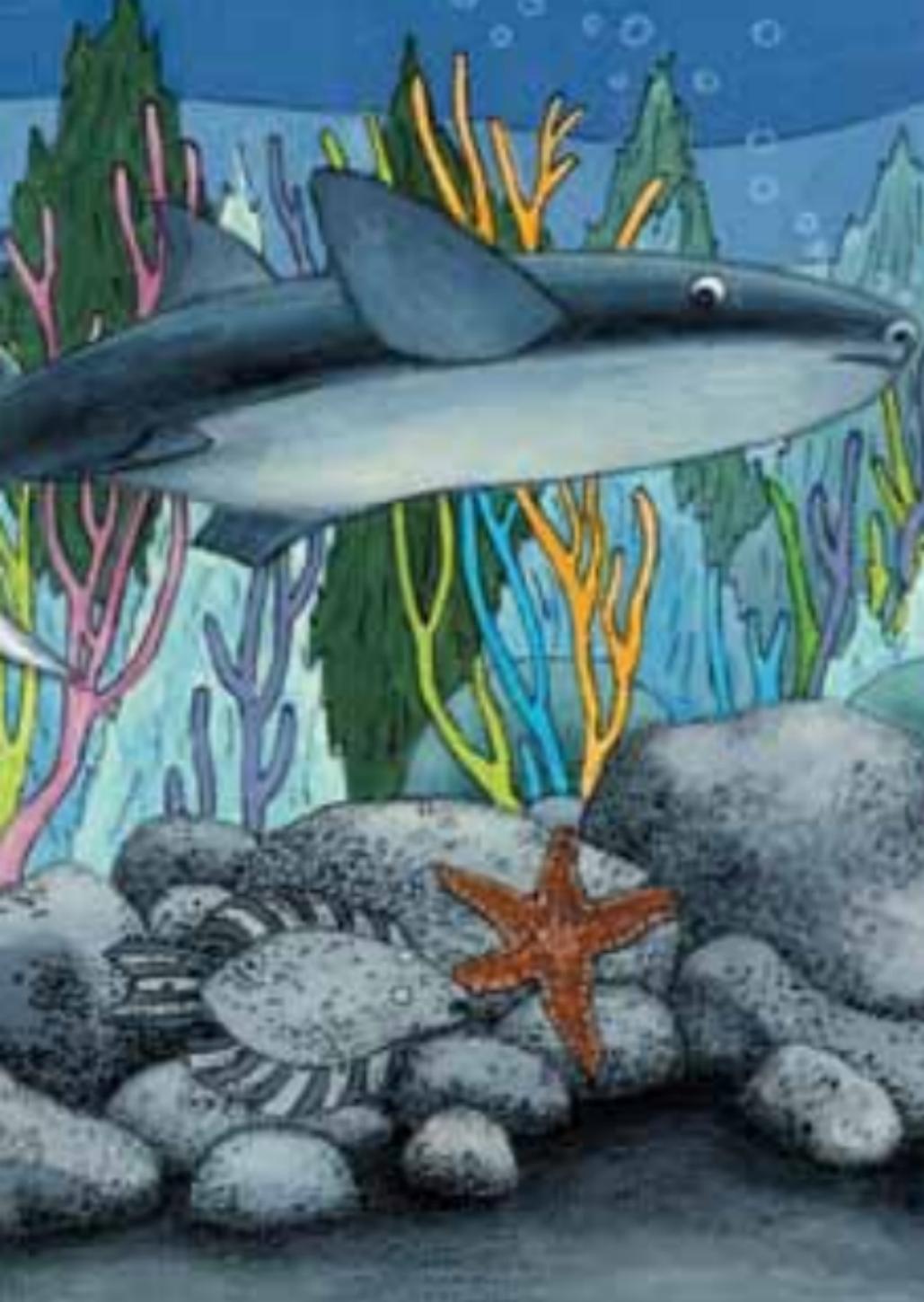
2 Algunos animales emplean otros engaños para protegerse. Pueden cambiar el color para mimetizarse con el ambiente, es decir, para parecerse al lugar donde se encuentran. De este modo, confunden a los otros animales, que no llegan a verlos.

Hay varios ejemplos de animales que se mimetizan cambiando el color de su cuerpo. Uno de ellos es el pez plano, que vive en el fondo del mar. Cuando este pez se acuesta en el fondo, cambia de color la parte de su cuerpo que queda a la vista.

Así, si está sobre arena, se disfraza de color marrón claro. Pero si se apoya sobre unas piedritas grises con manchas negras, su cuerpo toma esos colores. Entonces, cuando pasan nadando los cazadores, no se dan cuenta de que se esconde un pez plano.

¡Gracias a estos engaños coloridos, el pez puede seguir vivo y nadando!





# Pedro Urdemales y la paloma de oro



El día en que Pedro Urdemales salió de la casa para recorrer el mundo, comenzó la historia de sus grandes hazañas. Estaba cansado de vivir en su aldea y quería conocer nuevas ciudades y hablar con otra gente. Con esos deseos, se puso en marcha una tarde de verano. Iba con poco dinero, pero tenía confianza en su ingenio para conseguir la forma de pagar su viaje.

Ocurrió que un atardecer Pedro caminaba hacia un pueblo. Iba cansado y con hambre y no tenía ni una moneda. Entonces empezó a pensar cómo podría hacer para conseguir algo de dinero.

De pronto apareció en el camino un gordo caballero bien vestido, que avanzaba al trote largo sobre un hermoso caballo alazán. Apenas lo descubrió, a Pedro se le ocurrió una idea. Enseguida, se tiró al suelo y cubrió con su sombrero un cactus que estaba al costado del camino. Luego se quedó apretándolo como si hubiera cazado algo.

Cuando el caballero se acercó, le preguntó a Pedro qué hacía. Él le respondió que acababa de atrapar una paloma de oro y que tenía miedo de que se escapara.

—¿Está viva? —preguntó el hombre gordo.

—Sí, señor —dijo Pedro.

—Entonces podré verla.

—Imposible, señor. Es muy arisca, tiene una fuerza poderosa y es el único ejemplar que existe en la comarca.

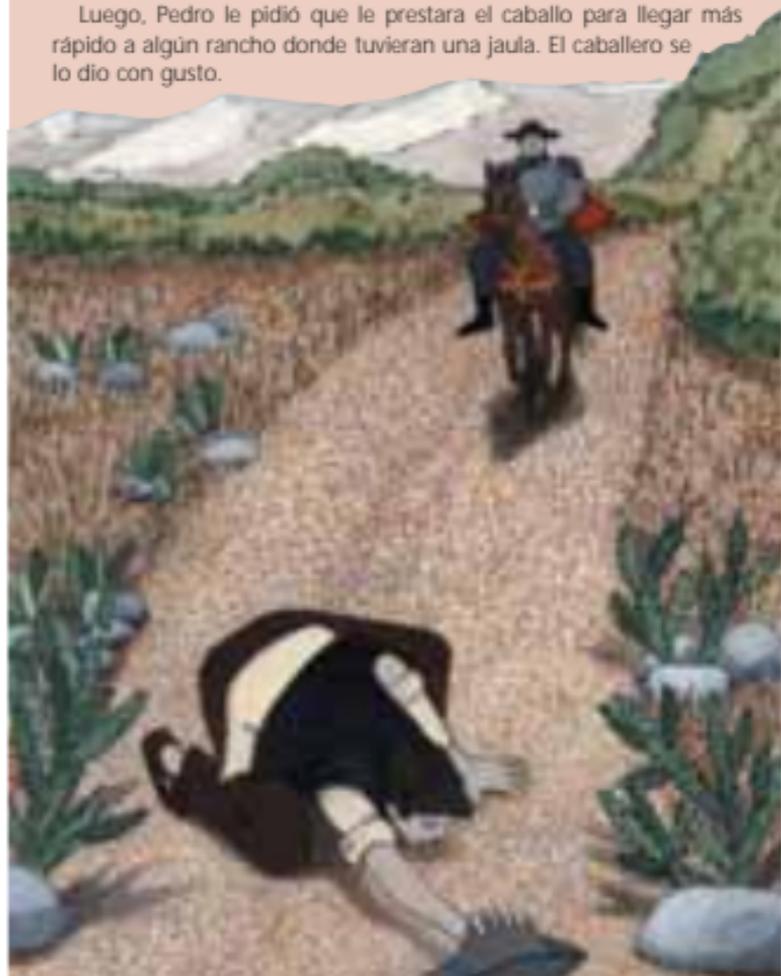
Al escuchar esto, el caballero quiso comprar la paloma. Pero Pedro se negó. El caballero, con mucha curiosidad, se apeó del caballo, mientras pensaba de qué manera podía conseguir la paloma de oro.

Entonces intentó una vez más comprar el ave hasta que Pedro aceptó venderla. Pero le pidió que primero lo ayudara a guardarla en una jaula.

El caballero se sorprendió porque allí no había ninguna jaula. Pedro le dijo que él conseguiría una en el rancho más cercano. Para eso el caballero tendría que quedarse a cuidar la paloma.

—Bien pensado, amigo —aceptó el caballero—. Vaya tranquilo, que de mis manos no se escapará esta presa.

Luego, Pedro le pidió que le prestara el caballo para llegar más rápido a algún rancho donde tuvieran una jaula. El caballero se lo dio con gusto.



—¡Ah, señor! Pero me olvidaba del dinero. Deme algo a cuenta, para entregarle al que me preste la jaula.

—Es cierto, pero usted tendrá que sacar la cartera del pantalón, pues yo tengo las manos ocupadas.

—Muchas gracias, señor. Serán sólo unos pesitos.

Inmediatamente, Urdemales sacó la cartera y retiró todos los billetes. Luego volvió a colocarla en el bolsillo del caballero, que estaba arrodillado en el suelo.

—¡Caramba, señor! Va a tener que prestarme su sombrero, pues no queda bien que vaya con la cabeza descubierta por estos lugares.

—Bueno, amigo. Pero no demore mucho —le pidió el caballero.

—Muchas gracias, señor. Enseguida vuelvo —dijo Pedro mientras partía contento, porque ahora podría llegar al pueblo cómodamente, vendería el animal y la montura. Así ganaría unos buenos pesos.

Por su parte, el caballero, arrodillado, pensaba en el gran negocio que hacía al comprar la paloma de oro.

Mientras tanto, el tiempo pasaba y, como el dueño de la paloma no volvía con la jaula, el caballero empezó a desconfiar. Además, estaba cayendo la noche y, cuando no pudo contener su curiosidad, levantó el ala del sombrero y dio un manotazo rápido para atrapar a la paloma.

Pero su mano se clavó en el cactus espinoso que estaba debajo del sombrero.

El caballero se dio cuenta de que había sido engañado. Ahora, debería regresar a pie por el monte, sin caballo, sin dinero y sin paloma por culpa de su ambición.

Mientras esto ocurría, Pedro Urdemales no paraba de reír imaginando las maldiciones del inocente caballero engañado.



# El príncipe sapo y la hija del rey

Una vez por mes, la maestra y sus alumnos de primero y de segundo grado visitaban la Biblioteca Popular. Con ayuda de la bibliotecaria y de la señorita, los chicos elegían libros para compartir la lectura con sus compañeros.

Ese día, la mesa de la biblioteca estaba repleta de libros. Libros grandes y pequeños. De tapa dura y de tapa blanda. Con dibujos y con fotografías. Con colores o en blanco y negro. Libros de cuentos y libros de animales, de plantas, de barcos y de muchos países.

En un momento, Belén se acercó a Zulma con un libro que tenía, en la tapa, dibujos de princesas, de brujas, de duendes y de ogros.

—¡Ese bicho verde me da miedo! Buscá una historia de princesas —dijo Zulma.

Belén dio vuelta varias páginas hasta que apareció una princesa. Y las dos amigas empezaron a leer.

Había una vez un rey que vivía en un palacio con su esposa y sus tres hijas. Una calurosa tarde de verano, la menor de ellas fue hacia un bosque cercano, donde había un arroyo de agua fresca.

La princesa se sentó junto al arroyo, entre unas rocas, mirando el agua que caía y formaba un pozo tranquilo. Para no aburrirse, había llevado su juguete preferido: una pequeña pelota de oro. La niña se entretenía lanzándola al aire y atrapándola cuando caía.



Pero en un momento la arrojó tan alto que la pelota de oro no cayó en sus manos, sino que tocó la hierba, rodó hasta el pozo y desapareció en el agua. La hija del rey se asomó, pero el pozo era tan profundo que no se veía el fondo.

La princesa lloró angustiada porque acababa de perder su precioso juguete.

—¿Qué haré sin mi pelota de oro? —se repetía una y otra vez.

Cuando dejó de llorar, escuchó una voz ronca que la sobresaltó.

—¿Por qué te lamentas así, hermosa niña?

La princesa se volvió para ver quién hablaba y descubrió un sapo gordo y feo que asomaba su cabeza fuera del agua.





—Mi pequeña pelota de oro cayó al pozo y no puedo recuperarla.

—Yo puedo bajar al fondo del pozo y buscarla. Pero ¿qué me darás si lo hago?

—Te daré mis vestidos y mis joyas. También puedo darte mi corona.

El sapo no quería nada de lo que la princesa le acababa de ofrecer. Entonces él mismo dijo qué recompensa quería.

—Quiero que me lleves a tu palacio para que juguemos, que me sientes junto a ti, que me des de comer en tu plato dorado y me des de beber en tu vaso de plata. También quiero que me dejes dormir en tu suave cama y que me trates con cariño. Si prometes que harás todas estas cosas, buscaré la pelota de oro.

—Sí, lo prometo. ¡Ahora quiero mi juguete!

El sapo se sumergió en el pozo y, al cabo de un rato, salió a la superficie con la pelota de oro. Nadó hasta la orilla y la dejó sobre la hierba, donde la princesa la recogió. Pero estaba tan contenta que se olvidó del sapo y se fue al palacio sin decir una palabra. El sapo le gritó recordando su promesa, pero la niña no le respondió.

Al día siguiente, cuando la princesa, el rey y los cortesanos se sentaron a la mesa, escucharon un ruido extraño. “Chap, chap, chap”, retumbaba en la entrada del palacio, como si algo pesado y húmedo subiera por las escaleras de mármol.

Luego todos oyeron que alguien golpeaba a la puerta mientras decía:

**Hija del rey, dulce princesa,  
recibe a tu amigo del agua  
para cumplir tu promesa.**

La princesa reconoció enseguida esa voz ronca y corrió a abrir la puerta. Allí, cerca de sus pies, encontró al sapo que había rescatado la pelota de oro. Con miedo, la niña cerró la puerta de golpe y volvió a la mesa.





Pero su padre le preguntó qué sucedía.

—Ha venido el sapo del pozo, padre.

—¿Y por qué te busca ese sapo?

—Ayer, cuando jugaba al lado del arroyo, mi pelota de oro cayó en un pozo y no pude sacarla. El sapo lo hizo por mí luego de que le prometiera que lo traería al palacio. ¡Pero nunca pensé que podría salir del agua y llegar hasta aquí!

En ese momento, se oyeron nuevamente los golpes a la puerta y la voz ronca del sapo.

**Hija del rey, dulce princesa,  
recibe a tu amigo del agua  
para cumplir tu promesa.**

Al escucharlo, el rey le ordenó a su hija que cumpliera con lo prometido. Aunque no estaba muy convencida, la princesa fue hacia la puerta y dejó que el sapo entrara.



Dando saltos él la siguió y le pidió que lo sentara junto a ella. La niña dudó, pero el rey le ordenó que lo hiciera. Ella obedeció. Lo tomó con dos dedos y lo puso en la silla. Luego, el sapo quiso subir a la mesa. El rey la miró con severidad y, nuevamente, ella tomó al sapo con sus dedos y lo dejó sobre la mesa.



—Acércame tu plato de oro para que compartamos esta deliciosa comida.

Así lo hizo la princesa y el sapo comió con apetito, pero ella no pudo probar bocado. Cuando dejó de comer, el sapo le pidió que lo llevara a su suave cama de seda. Estaba muy cansado y deseaba dormir.

En ese momento la princesa empezó a llorar. No quería volver a tocar esa piel fría del sapo y menos dejarlo dormir en su cama suave y limpia. Sin embargo, una vez más, el rey le recordó que ella debía cumplir con su promesa.

—No desprecies jamás a quien te ha ayudado cuando lo necesitas —dijo su padre.

Con lágrimas en los ojos, la hija menor del rey llevó al sapo hasta su habitación y lo puso sobre la pequeña almohada de seda, donde durmió toda la noche. A la mañana siguiente, el sapo se despertó, bajó las escaleras y se fue al bosque.

—¡Qué bueno! —suspiró aliviada la princesa—. Se ha ido y ya no me fastidiará más.

Pero estaba equivocada. Esa noche volvió a escuchar los pasos pesados y húmedos. Y tuvo que llevar al sapo a la mesa, darle de comer, darle de beber y llevarlo hasta su habitación.

La tercera noche fue exactamente igual, sólo que esta vez el sapo le pidió que le diera un beso. La princesa no quería de ningún modo. Pero el sapo le advirtió:

—Si no lo haces, se lo diré a tu padre.

Entonces, llena de disgusto, ella le dio un beso. Pero después, con mucha rabia, lo tomó y lo arrojó contra la pared.

—¡Ahora ya estarás tranquilo, sapo! —exclamó.

Sin embargo, al golpear contra la pared y caer al suelo, el sapo ya no era un sapo, sino un joven príncipe. Un príncipe hermoso, de ojos amables y de voz suave.

—Una malvada hechicera me había embrujado —explicó el joven. Estaba condenado a permanecer como un sapo hasta que una princesa me sacara del pozo, compartiera su hogar durante tres noches seguidas y me diera un beso.

La joven no terminaba de creer lo que veían sus ojos cuando el príncipe continuó:

—Tú has roto el hechizo, por eso, yo sería la persona más feliz si aceptaras ser mi esposa.

La princesa estaba aún muy sorprendida como para responder a la propuesta del príncipe desencantado. Pero, al día siguiente, ella le dijo que quería casarse con él. También el rey estuvo de acuerdo con el matrimonio. Los jóvenes se casaron y vivieron muy felices, tanto

que la princesa olvidó su preciosa pelota de oro. Lo que sí recordaba algunas veces era el hechizo de su príncipe. Entonces, le pedía que hablara con la voz ronca de sus días de sapo.



# Luces y sombras para una despedida

Faltaban pocos días para que finalizaran las clases. Los chicos de primero y de segundo grado, que compartían la sala, prepararon obras para representar con títeres de sombra.

—¿Cómo los hacemos? —preguntaban los chicos.

La señorita les explicó, paso por paso, cómo harían las historias y los títeres.

## ¿Cómo hacer títeres de sombra?



Lápiz y papel



Tijera



Alambre  
o varilla



Cinta  
de papel



Cajas de cartón

**1** Primero hacé un boceto del personaje. Luego dibujá el personaje sobre un cartón.

**2** Cortá la silueta. Después calá los ojos, la boca o las partes que quieras marcar en el personaje.

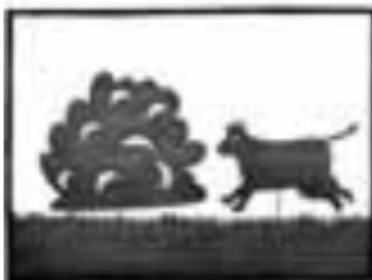
**3** Por último, con cinta de papel, pegá una varillita o un alambre a la silueta y...

¡Que comience la función!





La vaca de Don Alberto se había cansado de que le sacaran su leche. Y esa mañana se escapó.



La vaca corrió hasta un arbusto y le silbó al toro, para que viniera a salvarla.

Durante varios días los chicos ensayaron sus obras. Cuando terminaban las actividades en el cuaderno, los lápices descansaban y el aula se poblaba de sombras.

Los chicos hacían silencio. Y, sobre una tela blanca, se sucedían las historias. Entonces un ladrón robaba una vaca. Un zorro perseguía a una gallina. Una víbora trataba de engañar a un caballo para morderlo.

Los chicos miraban y aplaudían a sus compañeros.

¡Y llegó el gran día! En la fiesta de fin de año los titiriteros de primero y segundo grado mostraron sus obras al público.

Poco a poco, llegaron a la escuela las abuelas, los abuelos, las madres, los padres y muchos hermanos. Doña Ester, la portera, había adornado la sala junto con las maestras.

Cuando la señorita de jardín anunció la primera obra, Aníbal, Santiago y Marito se ocultaron detrás de la pantalla y enseguida aparecieron las siluetas. Este elenco presentó la obra "¡Brava la vaca cuando se empaca!"



¡Qué sorpresa se llevó Don Alberto!  
—¡Ayyy, Gauchito Gil, ayudame!  
—gritaba Don Alberto tratando de salvarse del toro.

Mientras el público aplaudía, Juan y Marcelo se dirigieron hacia la pantalla. Pero Juan iba tan nervioso con su títere "zorro" en la mano que no vio una silla, tropezó y cayó a la vista de todo el público.

—¡Se cayó el zorro, señorita! —gritaba Marcelo al ver a su compañero en el piso.

La maestra ayudó a Juancito, que se acomodó el delantal y buscó su títere. ¡La función debía continuar!

—"Los campeones" presentan la obra titulada "La oveja sabe por vieja" —anunció la locutora.

¡Y llegó el turno del elenco "Las tres reinas"! Cuando la locutora las presentó, Zulma, Belén y Camila marcharon detrás de sus títeres.

Zulma no levantaba la vista del piso. Tenía miedo de que le pasara lo mismo que a Juancito.

Ya habían preparado sus títeres cuando Jorgito asomó la cabeza detrás de la pantalla.

—¡Salí, Jorgito! ¡Andá con la mamá!

Como el chiquito no tenía intenciones de irse, apareció la abuela y lo llevó en sus brazos. Entonces se escuchó la voz de la locutora:



Un mediodía, una oveja pastaba tranquila cuando vio que un zorro la estaba espiando.



Ni lerdá ni perezosa, la oveja se tiró al piso. El zorro se acercó y, al creerla muerta, se marchó a buscar otra presa.



¡La oveja sabe por oveja pero más sabe por vieja!



"Cocorocoooo", cantó la gallina bataraza. ¡Por fin había puesto su primer huevo!



Pero, mientras ella comía maíz, alguien se acercó para llevarse su tesoro.

—A continuación veremos la última obra, titulada: "Una gallina con pocas pulgas".

Todos los chicos saludaron con los títeres en la mano. El público no terminaba de aplaudir y los chiquitos de jardín pedían más títeres:

—¡Tí-te-res! ¡Tí-te-res!

Cuando la fiesta terminó, Zulma se despidió de la maestra. El año próximo tendría otra señorita y estaría en tercer grado, compartiendo la sala con los chicos de cuarto.

—La voy a extrañar, señorita —le dijo Zulma susurrando. La maestra le deseó felices vacaciones y la abrazó muy fuerte.

De pronto apareció Jorgito y, mirando la silueta del títere "gallina" que tenía su hermana, le dijo:

—Ete es titede. ¿Es malo pí pí?

—¡Soy la gallina bataraza! —le habló Zulma moviendo su títere—. ¡Y persigo a los que molestan a mis hijitos!



"¡Alto o disparo!", gritó la bataraza.  
El ladrón dijo: "¿Co co?"  
Dejó el huevo y repitió:  
"¡Co co! ¡Co co corramos!"

Asustado y, sin dejar de mirar al títere, Jorgito se escondió detrás de su mamá mientras repetía:

—¡Malo pí pí! ¡Malo!

Esa noche Zulma se acostó muy contenta. Ya habían empezado sus vacaciones. ¡Por fin iba a tener más tiempo para jugar con Teresa y con su amiga Belén! Jorgito estaba más grande. Ya había dejado de comer tierra. Ahora sólo tenía que cuidarlo de las gallinas, porque al chiquitín le gustaba perseguir a los pollitos.

Pero pronto los pollitos crecerían y ella tendría tiempo para leer en el patio. Entonces podría soñar que era la joven pirata de un cuento o una hermosa princesa que no tenía que buscar leña ni lavar los platos... Una princesa que se entretenía jugando, junto al río, con una pequeña pelota de oro.







## Referencias bibliográficas

**Dicho y hecho** presenta la adaptación del cuento homónimo: "Dicho y hecho", Montserrat Janer, Edebé, Barcelona, 1992.

**Cholito y la vicuña de Coquena** presenta una adaptación de "La vicuña de Coquena", en *Mitos y leyendas de la Argentina*, Lilliana Cinetto, Libros del Quirquincho, Buenos Aires, 1998.

**La leyenda de Coquena** presenta un fragmento de la poesía homónima, de Juan Carlos Dávalos.

**Criatura perjudicante** presenta el recitado homónimo del álbum *Doña Jovita. Historia de Navidad*, José Luis Serrano, E.M.S.S.A., Argentina, 1994.

**Niña bonita y el conejo blanco que quería ser negro** presenta el cuento del libro *Niña bonita*, Ana María Machado, Ekaré, Venezuela, 2003.

En la lectura también se incluye una canción tradicional: "Estaba el negrito aquel", de autor anónimo.

**Colores para la vida** presenta un texto expositivo escrito a partir de información desarrollada en el libro *¿Por qué se rayó la cebra?*, Carla Baredes e Ileana Lotersztain, Iamiqué, Buenos Aires, 2003.

**Pedro Urdemales y la paloma de oro** es una adaptación elaborada a partir del cuento "Urdemales y la paloma de oro", de Julio Aramburu, en *Cuentos para el primer nivel*, Lidia Blanco y Florencia Giniger (comps.), Colihue, Buenos Aires, 1982.

**El príncipe sapo y la hija del rey** presenta una adaptación del cuento "El príncipe sapo", en *El libro de oro de los cuentos de hadas*, Verónica Uribe, Ekaré, Venezuela, 2003.

**Luces y sombras para una despedida** presenta un texto instructivo adaptado de S.O.S. *Titeres. Gestión del riesgo desde los derechos de la niñez*, Jorge Cuello y Carlos Szulkin, ETIS - Save the Children, Buenos Aires, 2007.

Las situaciones titirilesas desarrolladas en esta lectura fueron aportadas por Carlos Szulkin.

**El mundo de Zulma** forma parte de una serie de materiales pedagógicos elaborados, en el marco de una propuesta de alfabetización intercultural, por el equipo que dirige la Dra. Ana María Borzone. En 2005, se publicó **El libro de Santiago**, el primer libro de lectura de base etnográfica para Córdoba, con el que actualmente aprenden a leer y a escribir niños de distintas escuelas rurales de esta provincia.

Al igual que dicho libro, **El mundo de Zulma** fue escrito a partir de un trabajo etnográfico desarrollado desde 1999, que incluye entrevistas, observaciones y registro de situaciones cotidianas vividas por los niños y las familias de Copacabana, una comunidad rural ubicada al noroeste de Córdoba, en el departamento Ischilín.

**El mundo de Zulma** narra episodios que integran momentos de juego y de tareas cotidianas, donde la protagonista tiene que atender las cabras, buscar leña y cuidar de su hermano menor.

En el transcurso de esta historia, Zulma viaja a Traslasierra para visitar a su madrina Jovita. Con ella, la niña recorre otro mundo que, aunque tiene voces y aromas familiares, le permite descubrir un paisaje particular y situaciones novedosas.

De la mano de la protagonista, podemos descubrir mundos familiares y desconocidos, reales e irreales, posibles e imposibles, que forman parte de un mismo universo: **El mundo de Zulma**.

